

A LOS TOROS

YA sé que más de una persona se negará a leer este artículo y lo que sigue porque la Fiesta de los toros le parecerá irracional, alejada de toda razón, que es el culmen de nuestra naturaleza. Pero esto tiene hoy mucho que matizar.

Es cierto que nuestra cultura se ha basado en la razón, desde que los primeros pensadores griegos la rescataran allá por el siglo VI a. de C. Sin embargo, la historia ha pasado por muchas situaciones distintas: de la razón a secas de los presocráticos, se pasó a la razón metafísica de Platón y Aristóteles; casi a continuación interesó únicamente la razón ética de los estoicos y epicúreos, y tras varios siglos de indefinición, se impuso la razón crítica de Kant, seguida de la trascendental de Hegel, más tarde la razón dialéctica de Carlos Marx, la razón vital de Nietzsche y sobre todo de Ortega, y después la razón existencial de Heidegger y Sartre, lo que significa que cada época ha estado presidida por un particular modelo de razón. Desde cada una se ha enfocado la realidad con una perspectiva distinta, lo cual ha deparado lógicamente visiones diferentes.

Todas esas razones han dado sin embargo frutos positivos, pero no han conseguido atisbar el nivel más profundo y determinante de nuestro yo: el subconsciente. Sólo Freud lo descubrió por medio del psicoanálisis, una técnica que no estriba en leer nuestros actos tal como se muestran, sino en interpretarlos, es decir, en buscarles un sentido distinto a lo que aparentemente manifiestan, lo cual indica que los hechos individuales y culturales son algo más de lo que a primera vista parecen. Como dice el filósofo francés Jean-Paul Sartre (1905-1980): «Todo hecho humano es por esencia significativo. Si le despojáis de su significación, le despojáis también de su naturaleza».¹ Y en la página siguiente añade que: «Significar es indicar otra cosa, de tal manera que al desarrollar la significación se halle justamente lo significado». Es decir, que no se pueden considerar los hechos humanos sólo por lo que son en sí mismos, sin hacer ninguna referencia a algo distinto, porque esos hechos son en realidad profundas metáforas cuyo sentido hay que desvelar; no son unos hechos como los demás, sino que son unos hechos especiales: son símbolos.

Por ello, respecto a las manifestaciones artísticas ya no interesan las razones citadas en el párrafo anterior, sino una nueva, la razón simbólica, esa que nos dará la comprensión de esas manifestaciones porque nos ayuda a ir descubriendo lo que los símbolos ocultan, por lo cual el toreo, como actividad artística

1. J.-P. Sartre. *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Pág. 27. Madrid, 1971. Alianza Editorial.

que es, entra de lleno en el terreno de la racionalidad. Así que si queremos saber quiénes somos colectiva e individualmente, hemos de analizar nuestras manifestaciones culturales, pero más que examinarlas desde una razón intemporal y estática, en la que suelen basarse los detractores de la Fiesta, hay que echar mano de la razón simbólica, propia de la filosofía hermenéutica y sus vecinas, para desentrañar el hecho-símbolo que estamos observando.

La tauromaquia, como hoy la conocemos, es un espectáculo que se fue concretando poco a poco, a partir de los alanceamientos de toros desde el caballo, hasta decantarse en el toreo a pie; no se sabe quién fue el primero que tuvo tal iniciativa, ni hace falta, porque para desentrañar este tipo de hechos no es necesario conocer a su autor; son eventos que tienen vida propia y producen sus propios efectos, siendo la historia de esos efectos lo que va determinando más profundamente ese sentido que andamos buscando, como reconoce Gadamer, quizá el mayor impulsor de la hermenéutica: «No se trata de penetrar en la actividad espiritual del autor; está en cuestión únicamente captar el sentido, el significado».² La hermenéutica no es sólo un método para investigar escritos y costumbres, sino que, como afirma Gadamer³ al citar la misma opinión de Heidegger sobre el tema, es además nuestra estructura más

2. Gadamer. *El problema de la conciencia histórica*. Pág. 98. Madrid. Ed. Tecnos. 2007. 3ª edición.

3. Gadamer. Obra citada. Pág. 72.

profunda, nuestra manera de ser: «La comprensión no es sólo una operación de la vida, sino el modo de ser original de la vida humana».

Por otro lado, hay que tener en cuenta que no mantenemos siempre la misma forma de pensar y actuar; somos seres de un tiempo concreto, y cada época ofrece nuevas experiencias que nos hacen reinterpretar las precedentes de modo distinto. Hoy, gracias a Freud, somos capaces de entender mucho mejor el comportamiento del ser humano y desde una perspectiva insospechada en tiempos anteriores. Por si fuera poco, la teoría del médico y neurólogo austriaco ha irrumpido con fuerza demolidora en el mundo de la cultura, produciendo un vuelco total de las pautas tradicionales, dando lugar a esa visión surrealista del mundo y de la vida de la que todas las artes hacen gala. Lo que en el siglo XIX hubieran parecido garabatos infantiles —tales la pintura de Picasso, Miró, etc.— hoy las entendemos como maravillosas genialidades. Y por supuesto, en todas las otras artes se pueden poner ejemplos que demuestran lo dicho.

Claro que esto no acaba aquí, sino que tiene como secuela el que también nos reinterpretemos a nosotros mismos, lo cual nos impulsa a buscar nuevas hipótesis y explicaciones de las expresiones humanas. No podemos pues encasillarnos en una interpretación determinada y darla por resuelta para siempre, como podría ser la prohibición definitiva de una actividad artística, porque tampoco tenemos una idea invariable de nosotros mismos.

Es evidente por tanto que los símbolos tienen dos niveles de lectura: el primario, puramente literal que se queda en la mera superficie del suceso en cuestión, como si solamente fuese un hecho físico, y el secundario, que es el realmente importante y el que contiene su verdadera esencia; por ello es necesario interpretarlos saltando por encima de su apariencia, puesto que se trata de unos hechos vivos. Uno de esos símbolos es la Fiesta de los toros, en la que, lógicamente, hay mucho más de lo que ven quienes la desprecian, porque no pasan de su capa más superficial, pues la entienden únicamente desde un punto de vista positivista, el mismo que se aplica a las ciencias naturales. Pero profundizando hacia su segundo nivel podremos topar con el alma colectiva causante del acontecimiento y la podremos ir desvelando poco a poco.

Por ello, aceptar y mantener los símbolos –en este caso los toros– es la mejor manera de ascender en el proceso siempre inconcluso de ir conociéndonos. Porque, así como al psiquiatra no le podemos ocultar nuestros sueños, tampoco a la historia le debemos esconder nuestros símbolos, esos sueños colectivos que surgieron sin saber cómo. Sería igual que cerrar los ojos ante nosotros mismos.

El torero no produce cosas bellas que se perciben y entienden inmediatamente, ni signos que requieran de una interpretación para descubrir la belleza, sino que transforma la expresión de su

cuerpo al ritmo de la embestida del toro, y esas transformaciones son la obra de arte, que queda integrada en el cuerpo del matador y, acabada la lidia, en él desaparece.